

del Cordero, rezar en voz alta el símbolo católico; y ese mismo símbolo se repetía á la misma hora, el mismo día, por millones de católicos y por todas partes del globo, y hé aquí que la unidad y la universalidad de la fe se hacían en cierto modo palpables! Después de la profesión de fe, volvieron los cardenales á su lugar. Al *Sanctus* bajaron de nuevo y se colocaron como en el *Credo*, en círculo, en el interior de la nave; todos reunidos repitieron el himno de la eternidad: "*Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus*, etc. Luego vimos á todos aquellos ancianos arrodillarse, y despojando sus blancas cabezas del rojo solideo, insignia de su dignidad, se inclinaron hasta la tierra para adorar al Dios humillado en el altar. ¿No era ésta una visión del cielo? "Y yo ví, dice San Juan, á los "veinticuatro ancianos prosternados ante "el trono del Cordero, y les oí repetir: "*Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de "los ejércitos.*" Acabada la elevación, volvieron todos á su lugar á esperar el ósculo de paz, que les fué llevado por el arcediano, y que se dieron abrazándose. Yo lo confieso, nunca la religión me había parecido tan sublime, tan majestuosa, tan llena de inefables misterios, como en aquella misa, única en la tierra, á causa de la asamblea que la oía. Tal fué el principio de nuestro día: he aquí el fin:

Roma es la ciudad de los contrastes. Como Rebeca, ella tiene dos mundos opuestos en sus entrañas. Gustábamos de pasar del uno al otro, buscábamos las grandes antítesis de Roma pagana y de Roma cristiana, y en cuanto fuera dado exponíamos nuestra alma á su poderosa acción el mismo día, á la misma hora. Este tránsito continuo de una impresión á otra, forma la delicia del peregrino: su vida se duplica. Algunas horas después de nuestra salida de la capilla Sixtina, iba yo á descansar bajo los tibios rayos del sol de Italia,

en la vertiente oriental del Palatino, que habíamos visitado ya la víspera.

Ya hacia algunos días que yo me tenía reservado este punto de observación, creyendo que si Jeremías viniese á meditar sobre las ruinas de Roma, no escojería otro lugar. Allí, sentado sobre el polvo del palacio imperial de Augusto y de Neron, tenéis á poca distancia el arco de Tito, el arco de Constantino y el Coliseo, que forman delante de vos como un vasto triángulo. Edificado sobre las fronteras del mundo antiguo y del mundo nuevo, en la época en que el judaísmo y el paganismo disputaban á la iglesia naciente el imperio de la humanidad, esos tres monumentos, indestructible soldadura de la historia profana y de la historia cristiana, inmortalizan con el nombre de sus tres potencias beligerantes, la existencia, los medios y el resultado de la gran lucha.

El primero que se presenta á la vista, es el arco de Tito; repite en su doble inscripción, grabada por manos romanas, la antigua profecía de Daniel, el deicidio del Calvario; recuerda al príncipe extranjero, caminando á la cabeza de su ejército, destruyendo á Jerusalén y llevando cautivos á los hijos de Israel; declara también el resultado de la lucha comprometida por aquel pueblo contra Cristo en persona, y enseña á todas las generaciones el efecto de aquella palabra deicida: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*

El segundo es el Coliseo; este espantoso monumento atestigua la incalculable degradación de la humanidad en los días del cristianismo naciente, la guerra á muerte que el paganismo, elevado á su mayor poder, hizo á la iglesia, y el brillo refulgente del milagro que dió la victoria al débil contra el fuerte, á las víctimas contra los verdugos, ¡y aquella sangrienta arena fué pisoteada por los judíos prisioneros de Tito! ¡Oh Salvador Jesús, Cordero domina-

dor del mundo! ¡os era necesario un campo de batalla para vencer con brillo, y habeis querido que vuestros mismos enemigos, los paganos y los judíos, levantasen con sus propias manos el teatro inmortal de su derrota y de vuestra victoria!

El tercero es el arco de Constantino. Volviendo nuestras miradas hácia la derecha, se encuentran con aquel elocuente y fiel testigo de la completa victoria del cristianismo sobre el mundo.

El arco de Constantino, vencedor del paganismo, es superior al de Tito, vencedor de una nación particular. Contiene tres bóvedas arqueadas. Abajo de la gran bóveda se lee por una parte:

LIBERATORI VIBIS.

"Al Libertador de Roma."

Del otro lado:

FUNDATORI OVIETIS.

"Al fundador de la paz."

Encima del piso se encuentra repetida en cada lado del monumento la inscripción por siempre célebre, que proclama al príncipe cristiano *divinamente* vencedor:

IMP. CÆS. FL. CONSTANTINO MAXIMO P. F.  
AUGUSTO S. P. Q. R.

QVOD INSTINCTV DIVINITATIS LENTIS  
MENTIS MAGNITUDINE COM EXERCITU SVO  
TAM DE TYRANNO QVAM DE OMNI  
EJUS FACTIONE VNO TEMPORE  
IUSTIS REMPUBLICAM VLTOS EST ARMIS  
ARCVM TRIUMPHIS INSIGNEM DICAVIT.

"Al emperador muy grande y siempre feliz César Flavio Constantino Augusto, dedican este arco triunfal el Senado y el pueblo romano, por haber vengado á la República con su ejército en una guerra justa, mediante la inspiración de la divinidad y la grandeza de su genio, del tirano y de toda su turba."

Y los tres monumentos que yo contem-

plaba, son contemporáneos de los hechos que atestiguan; los dos primeros son debidos á manos nada sospechosas, y el tercero atestigua un hecho brillante como el sol.

Están allí á cincuenta pasos de distancia ¡y los bárbaros que destruyeron tantos otros, los han respetado! Si agregáis el Panteón de Agrippa, vereis entonces que de todos los edificios de la antigua Roma, los mejor conservados, los más incontestablemente íntegros, son precisamente aquellos que atestiguan los grandes hechos del cristianismo. ¿No os parece visible el dedo de la Providencia en la conservación excepcional de estos monumentos? ¿Cómo no arrodillarse en presencia de semejante espectáculo, y decir desde el fondo del corazón: *Dios mío, yo creo?*

Vistas con los ojos de la filosofía y de la fe, las grandes ruinas romanas tienen una maravillosa elocuencia; las más pequeñas tienen también la suya. Dios y el hombre se reúnen allí, porque el cristianismo vencedor, y el paganismo vencido, están allí, por todas partes el uno en presencia del otro. Obra del hombre, la vieja ciudad de Rómulo no presenta por todas partes más que un vasto conjunto de templos, de palacios, de acueductos, de mausoleos mutilados, mitad en pié y mitad ocultos en el suelo. Obra de Dios, la Roma de San Pedro y de Gregorio XVI, siempre radiante de juventud, aunque la cruz del Calvario haya coronado el Capitolio más largo tiempo que el águila imperial, lanza tranquilamente hácia el cielo las cúpulas de sus templos; domina, protege, cubre con su égida todo aquello que Dios trata de salvar de la Roma antigua. Por todas partes veis un despojo del paganismo venir á refugiarse bajo el ala de la religión, para escapar de la completa ruina. Semejantes á los cautivos que acep-



tan toda especie de condiciones con tal de que se les conceda la vida, las viejas glorias de Roma se someten á todos los usos. Ya son templos cristianos, tumbas de mártires, columnas, pedestales, humildes umbrales, y hasta pavimento de la casa del vencedor. Les basta que la hija del cielo se digna tocarlos con el dedo, para estar contentos. Esto es para ellos la prenda de la inmortalidad. Podria decirse que ellos se acuerdan de los bárbaros, y de su terrible martillo, que les ha dejado eternas cicatrices. Para escapar de nuevas devastaciones, suspiran despues por verse adoptados por aquella pobre iglesia, cuya sangre habian bebido en los dias de su gloria.

¡Cuántas veces se ve arrebatado de admiracion el viajero católico, á vista de todos aquellos obeliscos, en otro tiempo levantados en honor de los potentados del antiguo mundo, cuando lee en su base: *Erigido á Augusto, á Marco-Aurelio, á Trajano*; y poco mas arriba: *Reparado por Sixto, por Clemente, sucesor del pescador galileo*; y cuando en su vértice ve brillar la estatua de San Pedro, de San Pablo, de María, ó la Cruz! Hay en esto, si no me engaño, historia y poesia. Hay más todavía; ese doble espectáculo de la derrota y de la victoria que se encuentra á cada paso, es una grande enseñanza para el corazon. En el alma séria eleva á su mayor poder, el desprecio de todo lo que es del hombre, y la admiracion de todo lo que es de Dios. Ahora, viajeros, artistas, peregrinos, quienes quiera que seais; si á vista de los monumentos romanos, se reunen esos dos sentimientos para alejaros de todo aquello que pasa, y acercaros á todo lo que no pasa, habreis llegado á ser mejores y podreis decir: He visto á Roma; si nó, nó.

## 20 DE DICIEMBRE.

*La Meta sudans.*—El Coliseo.—Primeras impresiones.—Descripcion del Coliseo.—Descripcion de los combates.—Martirio de San Ignacio.—El Coliseo, Capitolio cristiano.

Ayer era demasiado tarde para entrar al Coliseo. Ademas, me habia propuesto no visitar, sino hasta hoy, el Capitolio de los mártires. Tenia para esto una razon, que diré muy pronto. Llegamos á buena hora, y con un tiempo soberbio, al colosal monumento. *La Meta sudans*, que se levanta á pocos pasos, llamó nuestra atencion. Es una ruina de cuya mitad se desprende una masa de ladrillos y piedras, semejante á las columnas ó límites de los antiguos circos; de aquí le viene el nombre de *Meta*. La columna coronada por una estatua de Júpiter, estaba perforada en el centro, y formaba un ancho tubo, del cual brotaba, para caer en un vasto recipiente de mármol, una de aquellas fuentes tan comunes en la ciudad de los Césares. El agua venia del monte Esquilino, y servia para las varias necesidades del anfiteatro y de los espectadores.

Por fin avanzamos hasta el Coliseo. De pie ante aquella gigantesca ruina, cuyo vértice alcanza la vista con trabajo, enmudece de estupor el viajero. Dos sentimientos absorben el alma toda entera: una profunda indignacion, y una compasion más profunda aún. ¡Hé ahí esos monumentos que necesitaba el pueblo romano para ver correr la sangre á su gusto! y aquí ¡qué torrentes de sangre corrieron! aquí fueron degollados y devorados á millares nuestros padres, nuestros hermanos, nuestras madres, nuestras hermanas en la fe, ¡inocentes ovejas del divino Pastor!

1 Ad cujus summitatem ægre visio humana conscendit. *Am. Marcell.*

¡Con qué inexplicable felicidad miramos la cruz colocada en el centro de la arena misma! ¡Salud, signo de victoria, único en pie entre las ruinas del Coliseo y en las alturas del Capitolio!

Fieles á nuestro plan, estudiamos el anfiteatro, bajo el punto de vista pagano y bajo el punto de vista cristiano. El Coliseo, edificado en el lugar mismo de los estanques de Neron, fué comenzado por Vespasiano y acabado por Tito. 1 El vencedor de Jerusalem hizo trabajar en él sin descanso á los hijos de Abraham, á quienes habia llevado cautivos. Dícese que doce mil judíos sucumbieron en el trabajo; singular destino de aquel pueblo que edificó por cuenta de sus opresores el Coliseo en Occidente y las Piramides en Oriente! Terminada la obra, se la dedicó Tito á su padre Vespasiano, dando en ella juegos que duraron ciento veinte dias y en los cuales se presentaron cinco mil fieras y cerca de diez mil gladiadores. 2

El Coliseo forma un inmenso óvalo cuya altura es de 157 piés y su circunferencia de 1641. Antes de entrar al interior le dimos vuelta por fuera; éste es el modo de conocerlo bien en mi concepto. Tres cosas fijaron al punto nuestra atencion: la naturaleza de la construccion, los pórticos y las puertas.

Los cimientos subterráneos con gruesos pedazos de piedra ó travertín cortados en cuadro y el resto de anchos ladrillos fuertemente unidos, tal es el sistema ordinario de las antiguas construccion romanas. No es lo mismo en el Coliseo. El gigantesco monumento es desde la base hasta la cima todo de piedra de Tivoli, especie de mármol, fuerte, duro y resistente al fuego. A flor de tierra se encuentran, uno al lado

1 Hic ubi conspicui venerabilis amphitheatri. Erigitur moles stagna Neronis erant.

Mart. *Epig. II. Spectacul.*

2 Cassiod. *In Chron.*, etc.

del otro, dos pórticos circulares que rodean todo el edificio. El pórtico exterior servia de entrada y comunicaba, ya con el pórtico exterior, ya con las escaleras que conducen á los pórticos superiores. Estos á su vez contenian en amplísimas galerías á olas de espectadores que colocaban en las gradas del anfiteatro *vomitória*. El pórtico exterior tenia un doble uso: el de pasear allí durante las calores y el de proporcionar un abrigo cómodo á los asistentes cuando la lluvia venia á sorprenderlos. Encima del pórtico exterior se levantan otros muchos que contribuyen á embellecer los diversos órdenes de arquitectura.

El orden *dórico* reina en las pilastras inferiores y en los arcos y columnas de bajo relieve. El orden *jónico* brilla en todos los arcos superiores y en las pilastras sin columnas. Viene en tercer lugar el orden *corintio*. Más noble que los dos primeros, reina con gracia y majestad en los arcos abovedados y en las pilastras de los pórticos más elevados. Desde allí hasta el techo no veis más que arcos y grandes ventanas con pilastras de orden *compuesto*. Entre estas anchas ventanas aparecen las consolas que sostenian las vigas de madera revestidas de bronce dorado y destinadas á sostener el *velarium*. En fin, una magnífica corniza, de la cual subsisten algunas ruinas, coronaba la inmensa construccion.

Las puertas del Coliseo son de dos especies: las grandes y las pequeñas. En los dos extremos del óvalo se abren las dos grandes puertas y forman dos arcos de una belleza y de una dimension extraordinarias. Ademas, la que mira al *Forum*, es un poco ménos grande que la otra. Todos convienen en que por la primera se introducian á los gladiadores y á los desgraciados que eran condenados á las fieras. La segunda, vuelta hácia San Juan de Letran, daba entrada á las máquinas, á los